

¿Paz por territorios?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Se han cumplido ciento cuatro años del Tratado de Brest-Litovsk. Tras la toma del Palacio de Invierno, los bolcheviques decidieron solicitar un armisticio e iniciar las conversaciones de paz con las potencias centrales. La caída de Petrogrado dio comienzo a una guerra civil en Rusia que se prolongó casi tres años, por lo que los revolucionarios decidieron suspender su participación en la Primera Guerra Mundial. De ahí que el 3 de marzo de 1918 se firmara el mencionado acuerdo en esa localidad bielorrusa. Las consecuencias para los nuevos dirigentes soviéticos fueron traumáticas: enormes disminuciones territoriales (Finlandia, Polonia, Estonia, Lituania, Letonia, Ucrania y Besarabia (Moldavia), años después recuperadas, salvo las dos primeras; el 34% de su población; el 32% de su tierra agrícola y el 54% de sus industrias. No tardaría Rusia en perder asimismo regiones en Transcaucasia y en la redefinición de su demarcación con Turquía.

Varias son las lecciones que debemos sacar de aquel convenio. En primer lugar, que los conflictos bélicos han jugado un papel determinante en la configuración de los límites de los estados. Si Brest-Litovsk lo supuso para Rusia, el Tratado de Versalles implicó enormes menoscabos para el Imperio alemán, lo mismo que el resto de pactos que se fueron firmando en París y que afectaron al Imperio Austro-húngaro, al Otomano y a Bulgaria. Las naciones vencidas sufrieron importantes mermas en sus delimitaciones. Otro tanto sucedería a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, aunque en menor medida. Y, en segundo lugar, que las fronteras no son inamovibles, sino que han cambiado a lo largo de la historia, especialmente, en el siglo XX. Por ejemplo, la Ucrania autónoma de marzo de 1917 o la República Popular Ucraniana de octubre de ese mismo año era bastante más pequeña que la actual Ucrania. Fue tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la República Socialista Soviética de Ucrania, integrada en la URSS desde su creación el 29 de diciembre de 1922, se expandió hacia el oeste, haciéndose con partes de Polonia, Checoslovaquia y Rumanía. A este cambio de lindes, habría que añadir, según Keith Lowe (“Continente salvaje”), la limpieza étnica que se produjo entre Ucrania y Polonia y el trasvase forzoso de población entre ambos países. Entre 1944 y 1946, casi 783.000 polacos fueron expulsados de la Ucrania soviética. En respuesta, Varsovia deportó a más de 482.000 ucranianos. Todavía en 1954, por decisión de Krushev, Ucrania incorporaría Crimea.

Analizando, pues, la actual invasión, conviene ver las posibilidades que se plantean para detener esta conflagración. De momento, las conversaciones no han servido para callar las armas. Los 3 millones de exiliados, los miles de muertos en ambos bandos, los 565.000 millones de dólares en daños según Kiev y la previsión hecha por la ONU de 18 años perdidos de avance económico si esto se alarga hacen necesario parar un combate desigual. Como apuntan los expertos militares, la resistencia civil sólo puede retrasar el avance ruso, pero no impedirlo. El hecho de que la OTAN haya decidido no intervenir es una razón evidente para que las autoridades de Kiev se dispongan a una tregua y preparar un tratado posterior. Se lo ha dicho Putin a Macron: no va a parar hasta conseguir sus objetivos. ¿Y cuáles son éstos? Primero, reconocimiento de la anexión de Crimea, península perdida en 2014 y que sólo formó parte de Ucrania desde hace unas décadas. Segundo, reconocimiento de la independencia de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, lo que implicaría una cierta pérdida territorial, si bien no muy grande y la menos ligada sentimentalmente a la

Ucrania occidental. Tercero, la proclamación de su neutralidad, algo que el propio Zelenski está dispuesto a aceptar. Ucrania podría tener un estatus parecido al de Suiza y tratar de entablar buenas relaciones con la Unión Europea y con Rusia. Además, después del fiasco de la OTAN y del rechazo de la UE, esta postura constituye todo un baño de realismo para unos mandatarios ucranianos, que, en los últimos años, se han visto engatusados por la OTAN y los Estados Unidos. Por último, su desmilitarización. Costa Rica carece un ejército permanente. Kiev podría procurar negociar un pequeño ejército dedicado a tareas de vigilancia fronteriza, ciberseguridad, terrorismo, protección especial, etc. Todos estos cambios podrían llevarse a cabo sin implantar necesariamente un gobierno títere de Moscú. Bastaría con cambiar la Constitución. De todos modos, este escenario siempre podría cambiar en el futuro. Ucrania sí tendría que asegurarse el puerto de Odesa, fundamental para su comercio. En caso de desavenencia, la historia también nos proporciona modelos que podrían aplicarse, como la Ciudad Libre de Danzig tras la Primera Guerra Mundial, que permitió la salida al mar a Polonia. A cambio, el Kremlin tendría que ofrecer garantías serias.

Evidentemente, es doloroso, mas viendo lo que está ocurriendo, y sabiendo que Putin va a por todas y que puede provocar un daño inmenso, entiendo que es una solución viable. Las conflagraciones provocan un sufrimiento durante y post y ésta no es una excepción. Lo fundamental es que éste sea el menor posible y Ucrania ya ha padecido bastante como para seguir prolongando esta situación.

14 de marzo de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 18 de marzo de 2022, p. 26